

## DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua!

Hoy la Iglesia repite, canta, grita, celebra: “¡Jesús ha resucitado!”.

Lo veíamos anoche. En el silencio de Dios se opera la inversión más radical: de la muerte a la Vida, de la más dura «noche oscura del alma» a la Luz más absoluta, del más desgarrador silencio a la última palabra: el Sí definitivo al Hijo Amado.

Debemos ser conscientes de la hondura de lo que estamos proclamando y celebrando. El Crucificado, aquel que nos amó hasta el extremo, vive y vive realmente. No es solo que haya resucitado en nuestro corazón, que su causa nos apasione o que su mensaje nos entusiasme. Es mucho más. Vive realmente. No es el fundador difunto de una comunidad, del que hacemos memoria tierna y agradecida. Vive junto al Padre y está vivo en medio de nosotros.

El Evangelio nos invita a que, como el discípulo amado, volvamos hoy a casa con esta convicción profunda en nuestro corazón, capaz de inundar de esperanza todo rincón de oscuridad, de muerte, de dolor.

El evangelio de esta mañana describe a María Magdalena, a Pedro y a este discípulo corriendo al sepulcro; probablemente buscando un cadáver.

María había acudido ya antes, temprano, con el corazón destrozado, todavía a oscuras (en el cuarto evangelio es muy importante el contraste entre luz y oscuridad; la oscuridad siempre permanece en el corazón hasta que brota la fe en el Resucitado). Ve la losa quitada, pero no entra y corre a avisar a los discípulos. Teme que hayan robado el cuerpo. El dolor se hace aún más dolor.

Regresa con Pedro y Juan, y al entrar en el sepulcro y ver las vendas y el sudario, el amor hace el resto. El discípulo amado va a sentir esa presencia viva del Señor que será luego confirmada por los sucesivos encuentros con el Resucitado, para volver a casa, a los suyos, con esta certeza del corazón que lo llena todo de esperanza. María se quedará llorando, junto al sepulcro, derramando el alma delante de Dios (eso es llorar, una forma de rezar, una forma de amar), donde el Señor, como bien sabemos, le saldrá al encuentro: «Mujer, ¿por qué lloras?... María...». De Pedro, el texto que hemos leído no añade nada. No se niega que el corazón quedase tocado. Luego vendrá ese encuentro personal con el Señor: «¿Me amas?... sabes que te amo».

Fueron al sepulcro, con el corazón cargado de dolor, probablemente, de miedo e incertidumbre. como tantas veces nosotros... Pensemos en cuantas veces nos movemos, corremos por la vida, o permanecemos en casa encerrados, con cargas demasiado pesadas sobre los hombros, abrumados por los problemas cotidianos, por la enfermedad, el dolor o la pérdida de un

ser querido, por la pobreza y la incertidumbre cuando falta lo más elemental, por las guerras, por tantas tragedias humanas...

Es fácil que la fe se tambalee en muchos de estos momentos. Hoy la Iglesia nos dice: «Ánimo, no temas... Está vivo, ha resucitado, y camina como Señor y Hermano a nuestro lado». La piedra que desecharon los arquitectos, cantábamos en el salmo, se ha convertido en la piedra angular que da sentido a todo, que inunda todo de esperanza. Si Cristo ha resucitado, nada hay ya que temer. Ni el dolor, ni la injusticia, ni el sufrimiento, el pecado o la muerte tienen ya la última palabra. Por eso, con la ayuda del Señor, podemos combatirlos. Quizá la muerte mantenga una penúltima que desgarrar, rompe y duele, pues todos pasamos por ella. Pero la última es de Dios. Su amor, lo hemos visto en Jesús, es más fuerte que la muerte. El pasaje de la *Carta a los hebreos* que escuchábamos este viernes santo nos decía que el Padre había escuchado el clamor de su Hijo suplicando ser librado de la muerte. La cruz, sin embargo, parecía desmentir y desautorizar lo dicho. ¿Cómo lo libró si pasó por ella?... Pero sí, lo liberó, al estilo del Padre, definitivamente. Sufriendo la peor de las muertes, venció a la muerte. Y la venció por y para nosotros. Hay comunión de vida y destino entre el Señor y cada uno de nosotros. Su destino es el nuestro. Más aún, Él es nuestro destino.

Ojalá volvamos a nuestras casas con esta firme convicción. Deberemos, sí, como os decía anoche, educar nuestra mirada para reconocerlo allí donde nos sale al encuentro: en la comunidad creyente, en su Palabra y en la fracción del pan, en el hermano, especialmente en el hermano sufriente, en lo recóndito del corazón, en la vida de cada día...

El sí definitivo del Padre al Hijo amado supone también un sí firme y decidido al modo de vivir que Jesús nos propone, al amor como camino para la verdadera vida (recuerdo lo dicho anoche: quien no ama está muerto), y nos impulsa a hacer frente a esa cultura de muerte que nos rodea, pisoteando en tantos lugares y de tantas formas la vida y la dignidad humana. En palabras de un gran teólogo, Hans Kessler, “la fe en la resurrección de Jesús supone una esperanza no solo más allá de la muerte y de la injusticia, sino también *contra* la muerte y la injusticia”. El camino de Jesús, que «pasó haciendo el bien (¡ojalá un día puedan decir esto de todos y cada uno de nosotros!) y curando a los oprimidos por el diablo», es el nuestro y es camino de vida.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo ha resucitado! Abrámonos a la esperanza y seamos sus testigos en medio de nuestras calles y hogares. ¡Feliz Pascua!